

El héroe de las Malvinas – Segunda parte

Salta – Noroeste argentino

Febrero de 2005

Salta. Acá la llaman “Salta la linda”. Es lo que me comenta el tipo sentado a mi lado. Un latero de primera, que se está ilusionando. Cincuentón, traje impecable, afeitado olímpico y cortesía del siglo XIX. Con unos años menos, se le podría ver en uno de esos anuncios televisivos de perfume masculino barato. Por lo menos hasta que abra la boca. No cabe duda de que le parezco algo hosca, pero esa constatación no le enfría el ánimo. No le puedo quitar la razón: acabo por morder el anzuelo, más por piedad que por real vocación. Además odio que me consideren mal educada.

- *Salta la linda*, dice él cuando el avión pasa por encima de la ciudad.

- *¿Tan linda es?*

Cosa que me extrañaría y mucho. Estamos en febrero, y al salir de la terminal, uno se da cuenta en seguida: hace un calor de fuego. Odio el calor. Me parece que lo vuelve todo más feo. Seca la vegetación que se vuelve gris, seca los cauces de los ríos dejando sólo piedras, encubre las calles con una capa de polvo amarillo, y la gente no es sino una fuente de sudor maloliente.

Es la primera vez que me aventuro así tan al norte del país. Igualmente es la primera vez que viajo en avión. Bueno, la primera que viajo, sin más. O casi. Hasta hoy, las vacaciones se limitaban a dos semanas de verano en el centro de empleados del ayuntamiento de Buenos Aires, en Chapadmalal. Yo era una niña en aquel entonces y mi padre trabajaba de electricista en los servicios técnicos. Luego, de adolescente, una que otra estancia con amigos en Villa Gesell, cuando mis padres estimaron que era bastante vieja para salir en pandilla.

El tipo me acompaña hasta la salida del aeropuerto. Se queda conmigo para esperar a las maletas (recibió las suyas un cuarto de hora antes, pero se empeñó en esperar las mías), e insiste para acompañarme hasta la salida para enseñarme las paradas de buses y taxis. Veo el momento en que va a invitarme en su propio taxi. No se atreve y en cierto modo es una lástima: así me hubiera ahorrado o el precio del taxi o un viaje en un micro abarrotado. Pero no, no me lo propone, lo que, me cuesta admitirlo, me hiera. Una tiene así sus contradicciones. Y su orgullo. Sin embargo no le contesto nada cuando me pide algo románticamente si le daría *¿el gusto de volver a verle esos días?* Me imagino lo que exactamente quiere decir por “volver a verme”. Si ya me has visto, supongo que quisieras ver algo más. Gracias, y chau. Es que no he venido de turista. Si Salta es una ciudad linda o no, me importa

un carajo. Si vengo acá es para cumplir una misión, y no quiero que me tomen el pelo unos pesados de paso.

El hotel se halla en el centro. O sea, el centro está saturado de hoteles, hay un montón alrededor de la Plaza 9 de julio, donde se halla también la Catedral. El mío es probablemente el más destartado, pero no tengo la suficiente guita para ambicionar mejor. Incluso el modesto subsidio de las Madres¹ no alcanzaría. Tampoco están ricas.

Por supuesto, el micro para en la terminal de buses. Como no. Pero la terminal está a más de dos kilómetros de la plaza. El trayecto bajo este sol ardiente confirma lo que suponía: Salta es una ciudad parecida a las demás ciudades del país. Calles sucias, bloques mal mantenidos, veredas congestionadas, coches por todas partes. Salta la linda vive aplastada por el calor, y sus axilas vellosas no huelen a rosa. No conozco nadie, nadie me está esperando. A penas pongo el pie en la vereda leprosa que me siento intrusa, extraña, excluida. La maleta de ruedas que estoy arrastrando tropieza con cada agujero del cemento, y da en las rodillas de la gente que oigo refunfuñar. Me empujan en cada semáforo, donde me quedo demasiado tiempo buscando mi camino en un mapa que nunca supe leer. Los transeúntes seguro se dan cuenta que estoy perdida, pero nadie se ofrece a ayudarme. Casi echo de menos al latero del avión. El por lo menos no hubiera dudado en proponer su ayuda. Pero esto tampoco no me lo puedo permitir, por lo menos dentro de los límites de lo que estoy dispuesta a pagar.

Después de dudar un buen rato, al final decido hacer de tripas corazón, y me detengo en una esquina, procurando no quedar delante de un escaparate o una puerta, no quiero que un comerciante se me eche encima. Me quedo observando a la multitud hasta que dé con un perfil lo suficiente amable para arriesgarme. Lo que no es cuestión de segundos, sino de una notable cantidad de minutos. No sobran las caras amables. Acabo por elegir a una oveja andando más despacio que el resto del rebaño, y cuyo vestido hace como una mancha de colores en medio del gris general. Su sonrisa es casi imperceptible, pero en comparación con las caras hoscas de la gente que la rodea, se ve tan grande como dos brazos abiertos. Parece un ángel en medio del purgatorio. Ella solita podría volver la ciudad linda. Y representa mi primera autentica sonrisa del día. Una sonrisa que se amplía cuando le hablo, para en seco y se acerca, disponible, y es como si de golpe la vereda se había vuelto vacía, que el silencio nos envolviera de una crisálida protectora, y que toda la suciedad de la ciudad había desaparecido para no dejar más que sol y transparencia en un espacio inmenso.

¹ Asociación de Madres de La Plaza de Mayo.

Sofía – así se llama el ángel – me hace el favor de acompañarme hasta la plaza. Para mostrarle mi agradecimiento, le propongo tomar un café en el bar del hotel. Duda un rato, se toma unos segundos para evaluarme, y, al parecer tranquilizada, se encoge de hombros.

- Bueno, con mucho gusto. Si no tengo nada más que hacer.

Una vez delante de su taza, siente la obligación de justificarse. Quiero decir, explicar por qué no tiene nada que hacer. Ya, pero a mí me interesaría más su actividad que su inactividad. Bueno, tampoco hasta el punto de hacerle preguntas. La dejo hablar, no parecía tan charlatana a primera vista, pero me consta que la cháchara es característica de los aburridos. Me gustaría saber cómo una chica tan joven y atractiva puede aburrirse.

Al igual que todos los charlatanes, y aunque de vez en cuando se toma el tiempo de hacerme alguna preguntita, tipo *¿Eso lo puede entender usted?* o *¿Eso le ocurre también a usted?*, no se molesta en escuchar la respuesta, ni siquiera me concede espacio para acabarla. Al cabo de unos minutos de ese régimen me siento algo harta de tanta palabra, me gustaría tomar posesión de mi cuarto, tomar una buena ducha y por fin tumbarme en la cama para dar reposo a mi esqueleto algo dañado por el viaje. Pero tampoco tengo el valor de negarle otro café: significaría devolverla a su propia soledad y al vacío de su jornada, y me siento en deuda.

Por suerte, un incidente viene a tiempo para cambiar el curso de nuestra conversación. Unos de esos incidentes al parecer insignificantes, pero que a la manera de un meteorito chocando con otro, cambia el rumbo de los dos y viene a salvar el planeta del desastre anunciado.

Les ahorraré detalles que no tienen ni el menor interés. Trasladémonos hasta mi cuarto, donde Sofía acaba de ponerse un vestido mío, mucho menos coloreado que el suyo, pero que por lo menos encaja a la perfección, aún si ella está algo más flaca. Mientras tanto, yo pongo su propio vestido manchado con el café en un bolso de plástico. No sabe cómo agradecermelo, le digo que *nada, lo único que me gustaría ahora es quedarme sola en mi nuevo decorado, no es que me moleste, pero bueno, tengo el proyecto de quedarme acá en Salta unos días así tendremos oportunidad de vernos de nuevo, con mucho gusto por mi parte, esté usted segura, sí, claro, como no, visitar la ciudad con usted, qué idea más buena, no sé si dispondré de lo suficiente tiempo pero si tal es el caso con mucho gusto, pero de momento me siento algo cansada entonces si no le molesta demasiado me gustaría tumbarme un buen rato.*

Exactamente en este momento es que Sofía se da cuenta que se olvidó de interesarse un poquito más a esta desconocida que acaba de cruzar su camino. Y que me pregunta por qué vine hasta su tan linda ciudad, si no es por razón de turismo, como cree haberlo entendido.

*

Siete cuadras. Así son nuestras ciudades argentinas, todas más o menos geométricas, con medidas estandarizadas. Una cuadra mide más o menos ciento treinta metros. Ese tipo de configuración mata, o casi, toda posibilidad de atajo. No somos un pueblo de atajos. Cultivamos la indolencia, la espera, las circunvoluciones. Acá todo necesita tiempo. Los viajes como las historias de amor, las rupturas como los reencuentros. Sin embargo, gracias a Sofía, el tiempo acaba de acelerarse.

Como era de suponer, no le reconozco. Pasaron veinte años... Sofía, quien me acompañó hasta la biblioteca, jura que se trata de ese tipo con barba, algo regordete que me señala desde la puerta. Está trabajando frente a los estantes, clasificando libros, y se le nota muy liado. Yo diría, como apasionado por esta tarea sin embargo tediosa.

Cuando esta mañana en el hotel, hablé de Javier a Sofía se quedó boquiabierta. Había pronunciado su nombre y apellido sin ninguna esperanza. En una ciudad tan grande, medio-millón de habitantes, parecía imposible que ella...

Sin embargo estamos ahora en el vestíbulo de la biblioteca central de Salta, observando a un hombre trabajando, un hombre que se llama exactamente como el niño que jugaba conmigo en el patio de recreo de una escuela primaria de San Telmo, un niño más bien tímido y discreto, pero que se había vuelto todo un héroe cuando a su padre, un milico, le habían condecorado por no llegué a saber cuál hazaña durante la guerra de Malvinas. Eso tenía lugar en octubre de 1985. Javier Osorio. Lo recuerdo tan orgulloso en medio del almacén de frutas, posando con la medalla en el pecho, a mí me importaba un carajo esa medalla, había entrado en la tienda con mi hermano y sus compañeros sólo porque habíamos olfateado la posibilidad de que nos ofrecieran un vaso de Coca-Cola. Y nos regalaron dos.

Para decir la verdad, no lo conocía mucho. Soy dos años más vieja que mi hermano Lucio, era él quien estaba en su clase. Sólo recuerdo que poco después de esos momentos de fiesta general, su madre había padecido una fuerte depresión, y había muerto en pocos días. Luego hubo rumores en el barrio, refiriéndose al padre de Javier, unos que antaño se trataban perfectamente ya no se hablaron más, mi padre volvió alguna tarde, entró en la casa dando un portazo y nos ordenó, a Lucio y a mí, no hablar más con Javier. Sin siquiera molestarse en explicarnos por qué. De todos modos antes del fin del año escolar, los Osorio se mudaron a Salta. Nadie más habló de ellos, y la vida siguió su curso, con la única diferencia que desapareció también, casi al mismo tiempo, otro personaje del barrio, un anciano que solíamos

ver cada mañana tomando su café en la terraza del Federal y que nos asustaba, con su enorme bigote y sus gafas oscuras, un tal Fabbri. Bueno, no entendía nada de todo ese lío, y así como tenía una niñez que acabar, me olvidé en seguida.

- ¡Hola Javier!

Al oír su nombre se vuelve y ofrece una cara risueña. Deja los libros en el carrito y se acerca en seguida. Pero no parece verme. Sólo le interesa Sofía, a la que da un beso sonoro en la mejilla.

- ¡Tanto tiempo! Hasta pensé que estabas enfadada conmigo.

- ¿Acaso tendría motivo? ¿Por ejemplo, sin ir más lejos, porque no me llamaste desde más de un siglo?

- Anda, querida, si es que estaba de vacaciones.

- Eso. En medio del desierto, y supongo, con esa linda de Celia.

Carcajadas. Me pregunto si esos dos... Pero ¿a mí que me importa? Naturalmente Javier ya no tiene nada que ver con el chico de la tienda de frutas que presumía de la medalla de su papa. Bien sabía que no era ese a quien iba a encontrar hoy en esta ciudad lejana. Que tenía su propia vida de adulto. Yo también la tengo. Yo también cambié. Sin embargo los observo reír y abrazarse, me doy cuenta de que no. Que no lo sabía con tanta certeza. Que en mi mente Javier todavía era el chico de San Telmo. El amigo de Juan Calveyra y de mi hermano Lucio. Es que no tenía otra representación de él. La última imagen: cuando se había vuelto después de anunciarnos su partida, y se había dirigido hacia la calle Defensa, cabizbajo y triste como un perro. En el momento yo no había entendido las palabras del hermano mayor de Julián, Antonio. Estaba demasiado conmocionada por el insulto dirigido a su padre, y eso tampoco lo había entendido, qué había hecho él, Javier, para merecer tal trato, y yo sólo había sentido odio hacia Antonio. Hacia este procedimiento cobarde de insultarle a él, cuando todo el mundo sabía que no era más que una víctima – aunque nadie sabía, en nuestro grupo de chicos, víctima de qué –, y no un culpable. Pero los demás, incluso Clara, que yo pensaba más piadosa, más sensible, Clara que se ponía a llorar en cuanto veía un pájaro muerto o un gato cojo, todos se habían reído. Los había odiado a todos, pero no había dicho ni mu. Y luego, me había olvidado. Todos se habían olvidado. Pronto Javier no era más que una sombra, una silueta que aparecía de vez en cuando en medio de las conversaciones de los adultos, cada vez menos, hasta que desapareció del todo al cabo de unas semanas. Las memorias, las de los adultos como las de los más jóvenes, ya habían borrado el recuerdo del héroe de las Malvinas.

Se vuelve Sofía. Dentro de unos diminutos segundos se va a producir el impacto. Habrá un momento indeciso, está claro, ya que no me va a reconocer más que yo le reconocí a él. Y Sofía tendrá que explicar.

Pedir disculpas. Decir que sólo se trata de un error estúpido. Que me confundí. Luego, dar marcha atrás, esfumarme. Huirme corriendo para salir de ese callejón sin salida antes de topar en la pared. ¿Acaso Sofía sea capaz de leer en mi mente? Me agarra del brazo y me atrae hacia ella, como para prohibir toda tentativa de huida. Bueno, ya sé que es demasiado tarde. ¿Pero tarde para qué exactamente? ¿Para huir o para cumplir la tarea que motivó mi viaje?

*

Una casa diminuta, apartada de la calle, pegada a un garaje enorme. Desde el exterior, se ven dos ventanas, ni una más. Una calle bastante concurrida, con muchos coches ya que se trata de una vía uniendo el aeropuerto al centro ciudad. Por suerte la casa posee varias habitaciones en el fondo, y un pequeño patio con una fuente, así que no se oyen demasiado los ruidos de la calle, tampoco los del garaje de al lado.

Le reconozco en seguida. Envejeció, está claro. Supongo que ahora tiene algo más de sesenta años. Pero su rostro casi no cambió. El resto del cuerpo sí que cambió, y mucho. Recuerdo que cojeaba, por su herida de guerra, pero me parece que ahora se mueve con todavía más dificultad, hasta tiene que usar una muleta. Cuando está de pie, se le nota algo jorobado, y cuando se inclina hacia las macetas del patio, veo sus manos temblando, sus gestos torpes. Su pelo se volvió canoso, y su cuello arrugado así como el resto de la cara, proclaman una edad más avanzada todavía.

Javier llama a su padre desde la puerta, y continúa andando hacia el fondo. El padre se vuelve, y en seguida su rostro se ilumina. Aparezco detrás de su hijo, y pronto su mirada cambia, expresando una mezcla de fastidio y resignación. “Otra”. Es eso que leo en esta mirada y esta mueca fatalistas. Y lo que revela de Javier me sorprende más allá de lo que hubiera podido imaginar. Un chico tan tímido... Encima, tampoco encuentro el Javier adulto tan atractivo, con esa barba mal cuidada y ese cuerpo algo redondito. Bueno, existe todo tipo de chicos para todo tipo de chicas.

Sin embargo, en cuanto Javier le explica quién soy, su cara se transforma. Parece realmente contento de verme. Así, ¿su hijo mantuvo contactos con camaradas del colegio de San Telmo? Bueno, quizás no “camaradas”, pero por lo menos una, y esa vino especialmente desde Buenos Aires para visitarle. Que se produzca después de veinte años no parece sorprenderle. A menos que *no quisiera* sorprenderse, y sólo disfrutar de la idea, aunque algo fraudulenta o por lo menos extraña. Cuando huyeron de San Telmo... porque esa es la palabra exacta, se

trataba de una huida, una huida vergonzosa, un exilio humillante, un escarmiento público, y luego nadie más siguió en contacto con ellos, ni una llamada, ni una carta, nada.

Pedro Osorio siente amargura. Pero tampoco quiere hablar más de ello, no quiere aguarle la fiesta a su hijo, y a él mismo. Mi presencia representa como una respiración bienvenida dentro del humo tóxico y ahogante de los recuerdos. Sin duda es por lo que no me hace más preguntas, por miedo a romper un encanto, una ilusión. La ilusión de seguir vivos, pese a la muerte ocurrida veinte años antes, de la mano de todo un barrio que creían conocer, pero que no los conocía.

Insiste para que me quede a cenar, manda su hijo ir de compras, me hace pasar en el salón, sentar en el sofá. Me sigue cojeando, y resoplando se deja caer en un sillón.

- Esos días me duele mucho el pie. Con ese calor...

El pie, como un paralelo entre dos historias. La de la medalla y la de la huida. La de la hazaña y la del escarmiento. El pie es todo lo que le queda de su gloria pasada. Lo que queda visible, quiero decir. La medalla hace tiempo, supongo, que duerme en un cajón. Su dolor es lo único que le queda para reivindicar el estatuto de héroe de una guerra que, en la época, todo el mundo apoyó, incluso los que odiaban a los milicos, y que hoy nadie quiere recordar más.

Me pide noticias de San Telmo. Sin mucha convicción, sólo para no dejar morir la conversación. De todos modos, ¿qué hay que contar de San Telmo? El barrio que conocimos en 1985 ya no existe. Ahora no es más que una zona turística donde las tiendas de recuerdos reemplazaron a los comercios tradicionales. Mis padres ya no viven allí, vendieron la tienda de zapatos para irse a vivir en Mendoza, en una casa heredada de mis abuelos. Yo tampoco me quedé en San Telmo, ahora comparto un departamento con una colega en el barrio de Recoleta, cerca de la clínica donde trabajamos. Pedro me mira con más interés. Recoleta es un barrio con buena fama, elegante, de buena sociedad. Esa marca de ascensión social parece agradarle. ¿Mi trabajo? Soy aprendiz de dentista en el Hospital Alemán, en la avenida Pueyrredón. Sonrisa de aprobación. Está bien. Muy bien. Una chica decente, a pesar de esa caballera extravagante y mi atuendo de turista.

Rezo para que no pare de preguntar. Estoy como petrificada. El Pedro Osorio que está sentado en frente no corresponde al Pedro Osorio que vine a destruir. Más bien, *ya* no corresponde. Se volvió un anciano, cansado, usado, miserable. Un fantasma. Habla con lentitud, con un tono neutral, parece sufrir el martirio en cuanto tiene que cambiar de posición en su sillón, deja su mano debajo de su pierna para que no tiemble más.

Se muestra sinceramente feliz que una chica del colegio se acuerde de *su hijo* después de tanto tiempo y se molestó en viajar hasta Salta para verle. *Su hijo*. “*Mi hijo*”, dice, “*Javier*”, “*su madre*”. Su madre que reposa en el cementerio de la Chacarita que no pueden visitar con tanta frecuencia como les gustaría. Una familia casi normal: un viudo y un huérfano. Y, tan lejos en un cementerio de la capital, una chapa de metal dorado sobre un cajón en medio de cientos más, en una pared de piedra gris que ni siquiera se molesta en fingir el mármol.

Y yo, frente a este fantasma tan poco vivo, ese hombre definitivamente vencido, vengo a dar el golpe de gracia. A recuperar lo que ha robado, eso sí, lo que ha robado, pero que constituye su última razón de mantenerse en vida.

No tendría que dejarme llevar de esta manera. ¡Carajo! No es una víctima, sino un represor que está sentado acá frente a mí. ¡Un represor! ¡Un hijo de puta, un milico de mierda quien torturó, mató, robó! Y a quien al fin y al cabo regalaron una medalla, una puta medalla de héroe de una puta guerra que perdimos, y que nos volvió el hazmerreír del mundo entero. Y acá estoy, me salen las lágrimas contemplando ese pedazo de carne podrida, ese viejecito temblando, corroído por una vejez temprana y una herida nunca curada del todo. Lo que tendría que hacer ahora mismo es escupirle a la cara, vomitar mi odio, gritarle todo lo que nadie nunca se atrevió a decirle, nadie sino otro viejecito hace veinte años en San Telmo, un tipo quien había entendido, nunca se sabrá cómo, quien era el verdadero Pedro Osorio, un tipo que estoy segura no quería provocar ninguna desgracia pero avisarle que él por lo menos, sabía quién era de verdad el héroe de las Malvinas, y que mientras que él viviera, no habría lugar para ningún tipo de ficción, ningún tipo de vida inventada, nada se podría vivir más en la mentira y el secreto total.

Hace poco que sé que no sólo el señor Fabbri fue a casa de los Osorio para decirles lo que sabía en cuanto a Pedro, pero también lo que sabía en cuanto a Javier. Y que en esta ocasión la señora de Osorio se había enterado de algo terrible que no sabía hasta el momento. Y que esto le había causado la depré que la había matado.

Pedro Osorio sigue hablándome pero ya no lo escucho. Lo estoy observando. Me da rabia, pero no lo puedo evitar: tengo piedad. Piedad. De esa basura que no sólo asesinó «subversivos», como les llamaba, pero encima robó su hijo. Y que asesinó también a su propia esposa mintiéndola durante todos esos años, una mentira que al final explotó y la mató. Y yo... yo mirándolo con esos ojos de bicho apiadado...

Otra vez tengo ganas de levantarme y huir. Huir lejos de toda esa mezcla de sentimientos que no puedo controlar, que no puedo dirigir en el caudal de mi propia razón. Me doy cuenta de que se puede tener piedad del peor hijo de puta,

alguien que por su parte nunca supo lo que significaba la palabra piedad. Huir, huir porque al final me siento vencida, porque me doy cuenta de que es él quien está ganando, como ganó siempre, aunque se le vea ahora como un casi cadáver, la sombra de lo que fue algún día. Menos que una sombra: una mancha minúscula dentro de un hoyo oscuro.

Vine acá cumplir una misión que ya no me siento capaz de cumplir. Que me abrumba. Me mostré demasiado presumida. Así que me voy a levantar. Unos segundos más para encontrar la buena fórmula para explicar... Pero en seguida oigo la puerta de la casa. Los pasos de Javier. Su voz.

- ¡Bueeeeno! ¿Habéis roto el hielo ya?

*

La carretera es realmente magnífica, y prometo volver algún día para tener más tiempo para admirar los paisajes y meditar frente a esos montes grandiosos que aparecen en cada curva, rocas de formas y colores mágicos, como ese “*cerro de los siete colores*” como lo llama Javier quien tomó un desvío en nuestra ruta para enseñármelo, no me atrevo a pedirle que nos paremos un rato, tampoco me lo propone, de todos modos me olvidé la cámara de fotos en Buenos Aires y no me queda otra que llenarme la memoria de esa verdadera gama de colores que parece fantasía de un pintor loco cuya única obra sería esto, este arco iris permanente iluminando un cerro enorme en el cual se refleja el mismísimo sol andino.

En realidad, vamos a Humahuaca, cruzando la famosa quebrada. Una idea de Javier. Más de doscientos kilómetros de Salta, cuatro horas de viaje, tuvimos que salir antes de las ocho. Es cierto que el viaje vale la pena, pero tuvo él que trabajar mucho para convencerme de la utilidad de tal odisea en el desierto norteño.

Todavía no le dije nada. Del porqué de mi venida a Salta. Pero me di cuenta en seguida que no necesitaba explicaciones. Ya había entendido. De lo que deduje que sabía. Quizás no del todo, pero sabía lo esencial. Claro: su padre no podía haberlo ocultado todo durante tanto tiempo. ¿Y cómo, y porque, Javier no hubiera hecho preguntas? No sé cuándo lo supo, pero sé que él sabe. Por eso estamos viajando hacia una aldea perdida: supongo que Javier quiere acumular la más grande distancia entre lo que vamos a decir y su padre.

Tal vez había anticipado este momento. Mejor dicho, lo esperaba desde años. Alguien viniendo del pasado para devolver su verdad al presente. Que fuese yo eso sí que le sorprendía. Catalina Carillo, hermana mayor de su mejor amigo Lucio. En un principio sólo estuvo contento de darse cuenta de que no todo el mundo en San Telmo lo había olvidado. Para él yo representaba un recuerdo de

infancia y me contemplaba con emoción, volvía a ver sus ocho años, el patio de recreo, volvía a su memoria gustativa el sabor de los caramelos que repartían generosamente los hermanos Calveyra, y sobre todo, en mi rostro, volvía a encontrar rasgos de su antiguo amigo, ese chico quien había sido durante todos estos años, como un hermano y de quien luego nunca había recibido ni una noticia.

Humahuaca. En realidad, más que un pueblo, una aldea bastante importante en la ruta que une Salta a la frontera con Bolivia. Sus calles adoquinadas, estrechas, su famoso campanario, su monumento a la Independencia con su escalera enorme, sus plazoletas arboladas, su ambiente de pueblo indio con sus tiendas variopintas y sus casas de adobe. Todo eso en medio de un desierto de rocas, en el fondo de un valle seco que a pena puede contar con uno que otro oasis para darse la ilusión de una improbable frescura, entre montes sobre los cuales los cactus candelabros parecen soldados detectando la presencia de marcianos de a caballo sobre nubes inexistentes. Acá uno está lejos de todo: de su tierra, del mundo e incluso del universo. Como en medio de un océano sin agua, angustiado por el silencio y el baile inquietante del polvo. Tengo la misma nacionalidad que los demás habitantes del lugar, pero no puedo evitar sentirme intrusa, extranjera. Turista. Como un cuerpo no deseado en medio de una multitud cuya indiferencia me asusta tanto como una verdadera amenaza.

Al contrario Javier se mueve en este mundo extraño como pez en agua. Una vez aparcado el coche, entramos en las calles y cada veinte metros le para algún conocido, y se ponen a charlar. Lo que no tarda en ponerme nerviosa: tengo la sensación de ser una maleta que Javier arrastra detrás de sí y que nadie se molesta en mirar. Ni siquiera se toma la pena de presentarme. Por suerte, no vamos muy lejos. Tres calles, ni una más. Tampoco el centro parece muy grande, por lo menos este casco antiguo construido alrededor de la Plaza Mariano Gómez y sus dos iglesias inmaculadas.

Damos la vuelta para entrar en una calle muy estrecha y totalmente vacía, donde el único lugar un poco más vivo (las demás casas parecen abandonadas) es una casona curiosa, cuyo segundo piso consta en una especie de torre central, que me imagino justifica el nombre del lugar: el cabildo.

Desde afuera, la fachada es impactante. Adentro sin embargo, el ambiente es mucho más modesto, más bien popular. Mantel de hule, sillas de paja, decorado minimalista. En el comedor se ven un par de forasteros (noto que hablan francés), una familia completa, antepasados incluidos, tres curas en trajes oscuros, y un anciano aislado, comiendo sopa de fideos.

No forma parte del menú la sopa, así que dedujo que se trata de un cliente especial, sin duda habitual del restaurante. El verdadero menú es muy local: empanadas, humitas, milanesas, pizzas, pasta con salsa, arroz con leche. Supongo que el sueldo de Javier no le permite invitarme en un sitio de más lujo, y lo veo como una suerte. No soporto los restaurantes selectos. De todos modos me imagino que Humahuaca no cuenta con muchos comedores de alto rango.

Javier para un rato al lado del viejo, le palmea el hombro, y en seguida el rostro del tipo se vuelve la vía láctea con todas sus estrellas. *¡Javier!* Se pone de pie y lo abraza con fuerza. Intercambian unas palabras, se nota el viejo conmovido, feliz. Javier hurga en su bolso y saca un libro usado, que pone en la mesa. *Por fin lo encontré.* Aparecen unas lágrimas en las mejillas del anciano. Otro abrazo, aún más fuerte. Yo estoy a kilómetros de distancia. Como en la calle, Javier no se molesta en presentarme, y me alejo para dejarlos en paz. En el fondo, noto una mesa preparada para dos, y acá decido sentarme a esperar a Javier.

Cuando por fin se decide a acordarse de que existo, tengo que hacer esfuerzos para que no perciba mi enfado. Sin embargo lo intuye, y cree necesario justificarse. *Félix era maestro en el colegio del pueblo. Aprovecho cada viaje para facilitarle libros, ya que no hay biblioteca acá. Y lo único que le interesa son las ediciones antiguas.*

Aja. Me vuelvo hacia el viejo: ya abrió el libro y se hundió la cara entre las páginas. Como si quisiera oler el perfume. Javier se divierte con mi desconcierto. *Es un lector como ya no existen. Saborea los libros, en el pleno sentido de la palabra. Como podría saborear un buen vino. Para él, oler el perfume es un preámbulo indispensable antes de tragarse las palabras. Es un conjunto: oler, comer, beber. Por eso prefiere las cosechas más antiguas.*

Me siento cada vez más incómoda. Javier parece hacerlo todo para ponerme trabas. Para retrasar el momento que sin embargo tiene que saber inevitable.

Estoy ardiendo de rabia. Veo como todo el edificio que había construido con paciencia y ciencia se está derrumbando ante mis ojos. En definitiva, todo empezó ya en el mismo momento en que pisé el suelo de Salta. Nada funcionó como lo había previsto. Había emprendido el viaje llena de ilusión, excitada, orgullosa de lo que tenía que transmitir, de llevar conmigo en mi maleta tanta verdad como justicia, después de tantos años de disimulo y de mentira. Me sentía como el mensajero de la felicidad: llevaba la buena noticia. Ahora me doy cuenta, con mucho dolor, que la actitud de Javier no tiene nada que ver con pura casualidad. Y poco a poco va dibujándose ante mis ojos lo que nunca había imaginado incluso en mis peores pesadillas. Mejor dicho: lo que nunca hubiera imaginado. Y lo que nunca hubieran imaginado las Madres. Ellas me habían pagado el boleto, ellas me habían acompañado hasta la puerta de la sala de embarque, ellas me habían abrazado con cariño, ellas me imaginaban volviendo en heroína, bajando las escaleras del avión

con Javier de mi brazo. Por algo habían pagado un boleto de ida y dos de vuelta. Ellas esperándome detrás de la puerta vidriera de Aeroparque, con toda una familia por fin feliz y reunida.

De lo que me doy cuenta ahora, precisamente ahora, y quizás eso explica la rabia intensa que se apoderó de mi mente, es que esa cosa terrible, ese final improbable, ese descalabro, ya lo había intuido en el mismo momento en que por primera vez había mencionado el nombre de Javier a Sofía, en mi habitación del hotel. *¿Javier Osorio? ¡Si es un amigo mío!* No lo quise admitir en el momento, pero entendí, en el tono mismo de la chica, que la mentira había definitivamente ganado el partido.

*

Javier me acompañó hasta la terminal de buses. Se nota tristeza en su cara, pero sé que no va a cambiar su decisión. Javier no se entristece sobre sí mismo, sino que siente tristeza por mí. Por mí y por otros también, que nunca llegará a conocer. Otros que no tuvieron existencia real sino en los pocos minutos consagrados a borrarlos definitivamente. Sin maldad, quizás incluso con algo de remordimiento. Pero sin la menor duda. Javier lleva bastantes fantasmas, no hay más lugar para espectros desconocidos. Quizás queda algo de tristeza para sí mismo, para ese hombre distinto que nunca será... No sé. Lo espero por lo menos. Me deja delante del micro, duda si abrazarme, elige no hacerlo, tal vez por mi frialdad. Así lo que le quedará de mí será esa cara dura, inexpresiva, de ira reprimida. De rencor. Se resigna a que nadie, allí en San Telmo, lo vaya a entender. Dentro de unos minutos, sola en el bus, voy a lamentar mi propia falta de comprensión, esa mirada rencorosa. Al fin y al cabo, ¿qué es sino puro egoísmo? En realidad, una pequeña venganza más bien mezquina, mero papel de teatro: el rol de la chica humillada que no quiere aceptar su derrota, pero que ya la había integrado de antemano.

Soy yo quien preferí marchar en micro. No quería volver en su coche. El viaje hubiera sido demasiado pesado, para él tanto como para mí. Ya no nos tenemos nada más que decir. Lo sabe, lo sabía todo, desde mucho tiempo, y desde mucho tiempo ya había elegido.

Todo. Cuando pensó que su hijo tenía la edad suficiente para entender, Pedro le había contado todo. El atentado fracasado de un grupo de jóvenes revolucionarios ese día de febrero de 1977, el coche que va delante pulverizado, el trauma de Carmela Osorio, preñada en aquel entonces y quien luego tiene un

aborto espontáneo. Dos meses más tarde, mandan al teniente Osorio en el centro de detención de La Perla y por casualidad se encuentra frente a una de los integrantes del comando. Ella también, preñada. Da luz en el mismo centro, pero como casi todos sus compañeros de cautiverio, no tiene la menor esperanza de salir de acá viva. Condenada a la desaparición, como tantos. Javier prefiere creer que Pedro no fue sino un mero ejecutante, condenado por su parte a obedecer. No quise quitarle su ilusión. De todos modos, no me hubiera creído. ¿Qué pruebas podría facilitarle?

Lo único que nunca podrá perdonar a Pedro, es que mintió a su propia mujer. A ella le contó que sus superiores le habían ordenado deshacerse del bebe, ya que la madre no tenía familia, y que él lo había llevado a su casa diciéndoles que lo había matado y enterrado. O sea, Pedro el héroe, otra vez. La verdad la llevó una mañana un anciano de gafas oscuras quien veía pasar el pequeño Javier casi a diario, sentado en su sitio habitual de la terraza del bar el Federal de San Telmo. Y es esa verdad que había matado a Carmela.

En realidad, cuando a la verdadera madre de Javier la mandaron desde La Perla a la ESMA², y luego en el avión desde el cual la arrojaron al Río de la Plata, el teniente destruyó todos los documentos relativos a la madre y al bebe, quien de esta manera ya no era nadie. Y si lo hizo, fue con el consentimiento del jefe del centro. Para Pedro se trataba de una mera sustitución: el bebe de la asesina contra el bebe que había asesinado. Pero no podía presentar las cosas así a su mujer. Si ella se mostró feliz de salvar a un niño condenado, nunca hubiera aceptado un robo y bien lo sabía su marido. Por eso prefirió disfrazar la verdad con un vestido de humanidad. Poniendo así sin imaginarlo una bomba de tiempo en su propia casa.

El micro está cruzando la magnífica quebrada de Humahuaca, pero no la veo mejor que en el viaje de ida. En ambos lados de la carretera, sobre los cerros colorados, sólo aparece el rostro de Javier. Javier chico, con su mamá en una calle de San Telmo. Más allá, lo veo montado sobre los hombros de su padre, leyendo un texto sobre una chapa en el cementerio de la Chacarita. Lee, y llora al mismo tiempo. Después de una curva, lo encuentro de nuevo sentado a la mesa, la cara entre las manos. Tiene doce, trece años. Sus ojos están secos, pero se nota que lloró, y que se esfuerza en poner buena cara. Frente a él, igualmente sentado, Pedro le contempla con aire preocupado. El tiempo está como en suspenso, los dos parecen esperar algo. En cuanto a Pedro, lo que espera es evidente. En cuanto a

² Escuela superior de mecánica de la Armada: centro principal de concentración, situado en el norte de Buenos Aires. Es desde este centro que los militares mandaban a los prisioneros en avión después de drogarlos, para tirarlos luego al río.

Javier, el objeto de la esperanza parece más bien impreciso, turbio, como un cielo de tormenta, pesado, oscuro, ahogante.

De repente, el micro salta, y la mujer del sitio de al lado se despierta y grita. Nada, no era más que un bache en la carretera. La tranquilizo con una sonrisa y en seguida se pone a hablar sin parar, a donde va, por qué, los problemas con sus hijos que se pasan el tiempo armando líos y que acabaron en la comisaría donde ella tiene que ir a buscarlos por enésima vez. Se pone a llorar en silencio. *Hago lo que puedo, pero mi marido se fue hace cinco años y ahora estoy sola. Tengo trabajo, pero cada dos por tres tengo que pasar días en la cama, por el dolor de espalda.* No quiere hablar mal de sus hijos, *unos vagos eso sí, pero buenos, y demasiado sugestionables.* No tenía dinero para pagarlos estudios, pero tampoco buscan trabajo y se pasan el tiempo con una pandilla de canallas que vive en las afueras de Salta. *Pero la policía se ensaña contra ellos solos, ¡váyase a saber por qué! Cada vez que pasa algo, los van a buscar primero.* Seca sus lágrimas con un pañuelo de algodón, tan grande como una servilleta, que saca de su bolso. *Es que aprovecho para unas compras, ¿entiende? ¿Traerlos de vuelta a casa? Se van a negar. ¿Y para qué? Tampoco tienen nada que hacer en Humahuaca. Si es para disparates, mejor hacerlos a lo lejos. Acá en el pueblo...* No le puedo quitar la razón. Pero compadezco. Tener hijos para sólo enfrentar problemas sin fin...

Ya está. O sea que Javier es un buen hijo. El hijo que eligió ser, a pesar de todo. No dará ni un paso atrás. Me pidió interceder ante las Madres para que no insistan y los dejen tranquilos. No le pude prometer nada. Ahora que sabemos la verdad, lo veo difícil parar el curso de la justicia. Pedro queda como un criminal, aún si Javier le perdonó, aún si prefiere seguir llamándose Javier Osorio.

No le dije lo que pensaba en el fondo. Que conservando ese nombre y ese apellido, era como si matara a sus padres una segunda vez. Javier es un tipo listo, no necesita que se lo expliquen. Quise revelarle su verdadero apellido, pero me paró en seco. No quería saberlo. A Pedro también le prohibió pronunciar.

O sea que Javier no quiere que le construyamos una vida nueva. Porque significaría construirla sobre las ruinas de la que conoció hasta el momento. Una vida de veintiocho años, y la única que vivió. Una segunda vida sin embargo, pero para él la primera la vivió en un vientre desconocido.

Cuando vendrán a detener a Pedro, si es que lo detienen, lo defenderá con uñas y dientes. Porque Pedro es “su viejo”. El único. El que le crio y que ahora, tiene que cuidar.

Estamos juntos desde el principio. Vamos a quedar juntos hasta el final. ¿Lo viste? No es más vivo que la más pequeña roca del jardín. Ya no tiene amigos, y yo soy la única familia que le queda. Cuando estará él también en la Chacarita...

¿Sí?

Entonces, quizás...